

ANÁFORA

Revista literaria de Humanidades



El asesinato de la pasiflora

Año 3, Número 5

Junio 2024

Año 3, Número 5, junio de 2024
Escuela Preparatoria, CETYS Universidad
Coordinación de Humanidades
Tijuana, Baja California

Directora de preparatoria
Mtra. Marisela Ventura Rocha

Coordinadora de Humanidades
Mtra. María Concepción Ordóñez Aguillón

D. R. Los autores
D. R. Coordinación de Humanidades, CETYS
Universidad

Comité del concurso de Cuento
Mtro. Nicolás Augusto Blanco Hernández
Mtro. Cruz Alberto Nogales Bernábe

Ilustración de cubierta:
Maia Neri Hernández.

Edición y diseño:
Mtra. Lizeth García Peña
Mtro. Nicolás Augusto Blanco Hernández
Mtro. Cruz Alberto Nogales Bernábe



Índice

Narrativa

VI Concurso interprepas de Cuentos

Primer lugar, CETYS Tijuana:
El asesinato de la pasiflora
de Paola Bouquet Baca. 04

Segundo lugar, CETYS Mexicali:
La maldición del aferro
de Helena Nicole Apolinar Vázquez . . 12

Tercer lugar, CETYS Mexicali:
El reflejo de nuestra verdad
de Carolina Montijo Franco 25

Mención honorífica, CETYS Mexicali:
Oso
de Natalia Urias Silva 37

Escritora invitada

Cuento:
Kpop Karen
de Cinthya Meza Labastida 47

Presentación

Nos complace presentarles los relatos destacados del VI Concurso Inter-Prepas de Cuento 2023. Este certamen ha sido un tributo a la creatividad y habilidad narrativa de adolescentes con gran talento, quienes han cautivado al jurado con historias profundas y emotivas.

El Asesinato de la Pasiflora, es una historia interesante gracias a sus “elementos de suspenso y conflicto extremo entre los hermanos. El narrador en primera persona brinda una perspectiva intensa sobre lo que experimenta la protagonista.” **La Maldición del Aferro**, cuento que destaca por su historia épica, “un relato mítico sobre el origen; que al presentar las características de Audelia y Orfeo, personajes principales, se permite una conexión profunda con su trayectoria emocional y las motivaciones que los empujan a estar juntos”. **El Reflejo de Nuestra Verdad**, logra “a partir de una anécdota casual, como lo es el castigo recibido por una travesura escolar, capturar y transmitir intensas emociones a través de la alegoría del espejo fragmentado. Invita a una reflexión poderosa sobre el significado de la amistad en la adolescencia”. Y, por último, **Oso**, un relato bello por los diálogos y reflexiones que tiene el protagonista con otros seres para descubrir su identidad y que se nos cuentan con profundidad y gran ternura.

Por último, te invitamos a leer la narrativa breve que nos comparte la escritora invitada Cynthia Meza Labastida, con **Kpok Karen**, quien nos narra las aventuras y el cariño entrañable que madre e hija, compañeras de vida, se brinda mutuamente de manera incondicional en los extraordinarios y significativos momentos que marcan una vida dominada por la rutina.

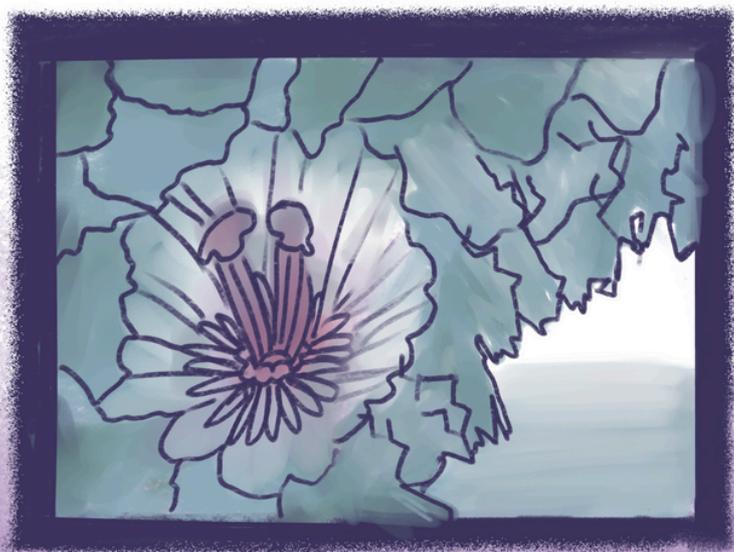
En cada página de Anáfora encontrarán un universo de historias que no solo entretienen, sino que también provocan reflexión y emoción. Esperamos que disfruten de esta edición tanto como nosotros disfrutamos al seleccionar y presentar estas obras excepcionales ilustradas por jóvenes talentos de nuestra honorable institución educativa.

¡Bienvenidos a un viaje literario lleno de imaginación y descubrimiento en Anáfora!

Atentamente:
Equipo editorial

El asesinato de la pasiflora

Por: Paola Bouquet



Ilustraciones de:
Maia Neri Hernández

El asesinato de la pasiflora

por Paola Bouquet Baca

Y mirando abajo, observaba mis pequeños zapatos negros con ese broche dorado a su costado, el cual brillaba con la luz que pasaba por el vitral detrás mío. Un vitral que mostraba el paisaje más bello que podía existir, el mar y una pasiflora. Mis pensamientos se vieron inmersos con ese brillo exagerado que el broche reflejaba, atrayendo mi mirada, hasta que me di cuenta del pequeño pedazo de vidrio encajado en la suela de mi zapato. A su lado, esos pedazos cristalinicos que, cegándome, me obligaban a cerrar los ojos. Era el cuadro favorito de papá, una pasiflora sobre el mar pintado en vidrio, justo como el paisaje del vitral. De mis manos, esas gotas que dejaban manchas rubí en la alfombra.





Me dolían... ¿Me dolía? No lo sé. Así pues, me agaché y cuidadosamente tomé el marco de oro, oro sucio y dañado. Era lo único que no se había quebrado. Deslizando mis huesudos y delgados dedos por ese borde filoso, estos se manchaban de un polvo verdoso, como oxidado. Entonces, con mis ojos vacíos y oscuros, miré a través del marco los rostros de esas dos personas que hacía llamar mis hermanos. Expresando un claro disgusto, dieron vuelta y se retiraron.

No era la primera vez que pasaba algo similar, con el fallecimiento de ambos de nuestros padres y ellos tomando mi custodia, yo me encontraba sola la mayor parte del tiempo. Con un estallido que dio la puerta al ser azotada, las paredes temblaron con el fuerte resonar y los jarrones, antes favoritos de mi madre, se tambalearon para finalmente caer sin estruendo alguno. Las pisadas de mis hermanos se fueron alejando, sin antes cerrar la puerta con llave, la cual solo tenían ellos y mi sirvienta. Que suerte era la mía, ahora tendría que recoger pedazos afilados, punzocortantes, transparentes teñidos de ese rojo y mezclados con otros azulados.

No le di mucha importancia.

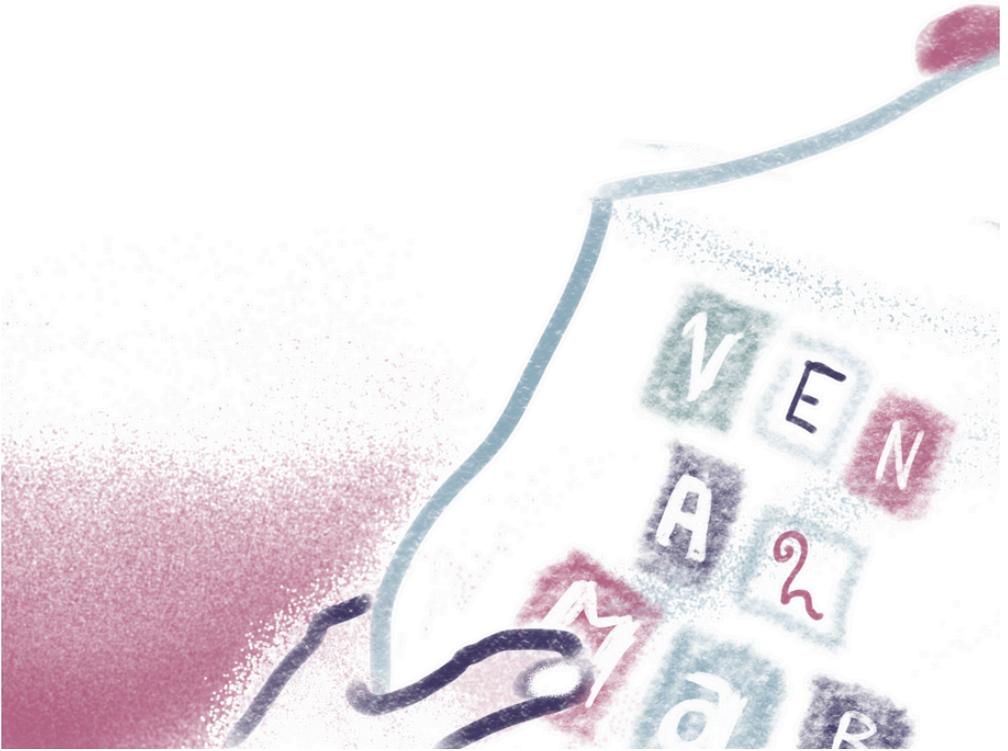
Otro día más, incluso siendo la hija del antes hombre más importante de este pueblo mundano, nadie más que mis horrorosos hermanos y sirvienta tenían permitido visitarme.

Hay que mencionar que, incluso si este hecho me entristecía el alma, no es como si me agraden este tipo de visitas inesperadas. Gracias a esto, ahora me encontraba abriendo la puerta a mi sirvienta, quien pasó a mi cuarto sin preguntar e inmediatamente me saludó.

Quiero que se vaya... Miraba el reloj detrás de ella. Cada tic repitiéndose en mi cabeza como si de un eco se tratara. No soltaba palabra alguna y tal vez fue esa la razón de que finalmente me dio aquella carta que traía en su mano y se retiró con una leve reverencia.

Observando esa carta algo arrugada de color crema, un sello dorado con la marca de la familia. Mi mirar se expandió con una eufórica sorpresa pues dándome cuenta de que provenía de esos crueles, mis hermanos, también deducía que al menos se preocupaban un poco por mí.





Indecisamente, tomé esa carta con extrema delicadeza, casi de la manera en el que un Papa tomaría un cáliz sagrado, con las puntas de mis dedos, separando así el sobre del sello y tirando esa cera gomosa. “Ven al mar”, leí al tomar ese papel delgado y ligero, mensaje elaborado con letras de periódico y que abarcaba poco espacio de la hoja. ¿Qué quería decir? ¿Querían que fuera al mar? Bien, pues no iré.

Un día lluvioso más, el cielo no azul, no gris, sino lirio blanco. No obstante, mi estado hipnagógico se vio interrumpido por esos dos monstruos nuevamente.

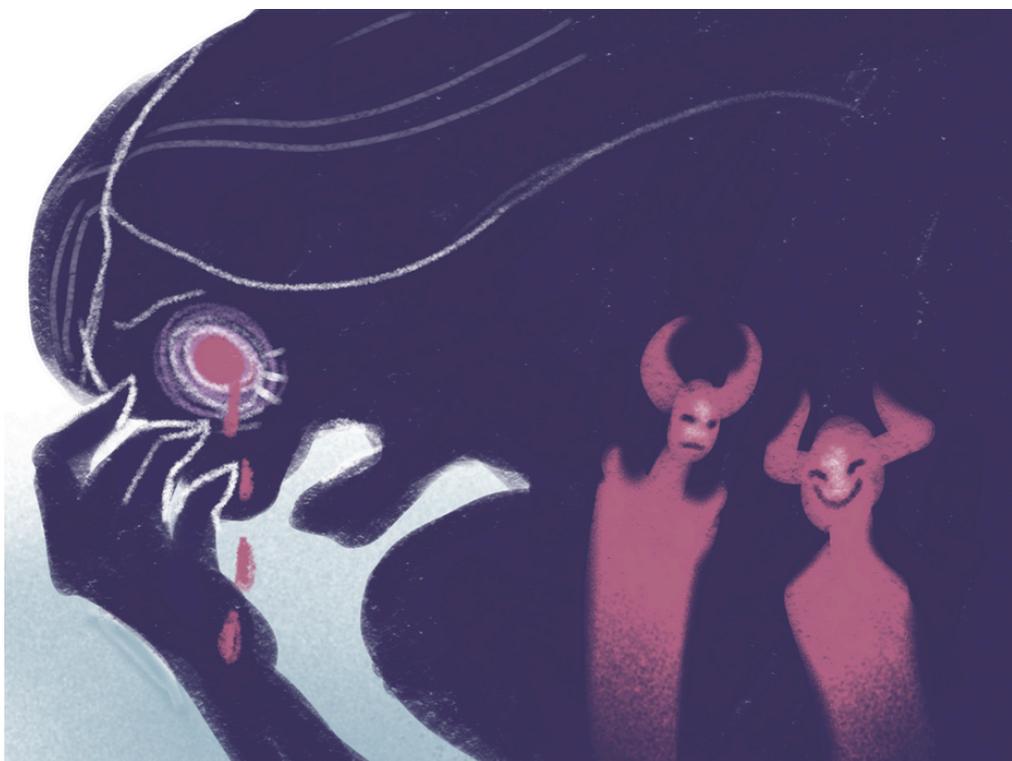
Sin tiempo de pronunciar sílaba alguna, tomado bruscamente de mis brazos, me retiraron de mi habitación, aquel único lugar que no deseaba abandonar. No puse resistencia alguna pues sabía que me iría peor, pero, aun así, ese brusco agarre que ejercía presión sobre mis delgados brazos era extremadamente doloroso, como si del triturar de mis huesos se tratara. Estaban furiosos, es como si pudiera ver esa furia que ha de fulminar mi ser.

He llegado al cuarto del vitral y han de arrojarme contra la alfombra, justo donde antes se encontraba esa mancha rubí. Duele. Duele mucho. Esos bastardos... pero ya no importa. He caído de cara y como al parecer no he limpiado bien, un pequeño vidrio del marco que había roto se me ha clavado en la pupila del ojo. Sin sangre alguna, pues ha sido reemplazada por un estruendoso grito que ha escapado de mi boca.

Mis hermanos, como las personas tan simpáticas y amables que son, no se movieron, disfrutando con esa sonrisa que tanto odiaba, aquella que me recordaba a nuestro padre, mi sufrimiento ahogado por el sentimiento de orgullo.

Uno de los hermanos, el menor, sentado frente al piano empezaba a tocar una hermosa canción.

Ese piano infestado de cucarachas, cucarachas como lo son ambos. Piano viejo y distorsionado, de madera oscura y teclas descompuestas, ese piano que soltaba hermosos sonidos cuando las huesudas manos del hermano le tocaban.





—Hermano mío, hermano mío, ¿qué es esa dulce melodía?

Él la ignoró, parecía enojado y, entonces, el hermano mayor se acercó a la chica que seguía tirada en el piso.

—Recuerda muy bien este lugar, este tiempo, que todo será borrado.

Su ronca y grave voz fue lo último que la chica escuchó antes de desmayarse gracias al insoportable dolor que, incluso con toda su fuerza, no pudo ahuyentar.

Abriendo sus pobres ojos, aún con el vidrio todavía incrustado en uno de ellos, la primera vista de la chica era el inmenso mar que, gracias a la luz del amanecer, se veía reflejado. La playa estaba vacía con justa razón, ya que se encontraba a seis horas del pueblo. Ni una nube en el cielo. Era un paisaje hermoso como el del marco y el vitral.

Ambos hermanos arrastrando a la chica de ojos nocturnos por el muelle. Tablas oscuras mal acomodadas, pero no lo suficiente para ser causa del tropezar de alguien. Algunas de ellas llenas de hongo y moho por a la humedad del ambiente y la brisa nocturna, mientras que otras parecían casi nuevas.

No hay barcos, no hay piedras, solo esos tres hermanos que caminaban por el muelle que parecía interminable.

La chica, sin fuerza alguna para poner resistencia, cerró sus ojos, pues el sol frente a ella le deslumbraba y cegaba. Sus hermanos, por el contrario, miraban al frente, llevando un pie después del otro. Todo esto para por fin lanzar a su hermana menor, que no sabía nadar, al mar. Moriría. ¿La chica moriría? ¿Ella moriría? Moriría yo.

Realmente estaba aproximándome a mi final. La locura en la que me vi inmersa desde que ese maldito pedazo de vidrio se había encajado. Ya se ha ido, pues incluso sin salpicar gota alguna al ser lanzada, la presión a la cual me sometí habría de librar ese vidrio de mi pupila. Mi cuerpo se rendía, no tenía fuerza para seguir. La vorágine de odio y tristeza se apoderaba de mi ser impotente. ¿Qué hice para merecer esto? ¿Ni una sola pizca de clemencia a su propia hermana? Y con esos últimos segundos de mi vida, escuche la voz de mis hermanos.

— Ha sido una desgracia de hermana, pero... ¿realmente merece tan cruel destino?

— Siendo la favorita de nuestro padre, pues se ha de convertir en su cuadro favorito.

— ¿No crees que debemos parar?

— Vámonos y deja que se ahogue. Que se inunde en la vorágine de sus emociones femeninas.

La maldición del aferro

Por: Helena Nicole Apolinar Vázquez



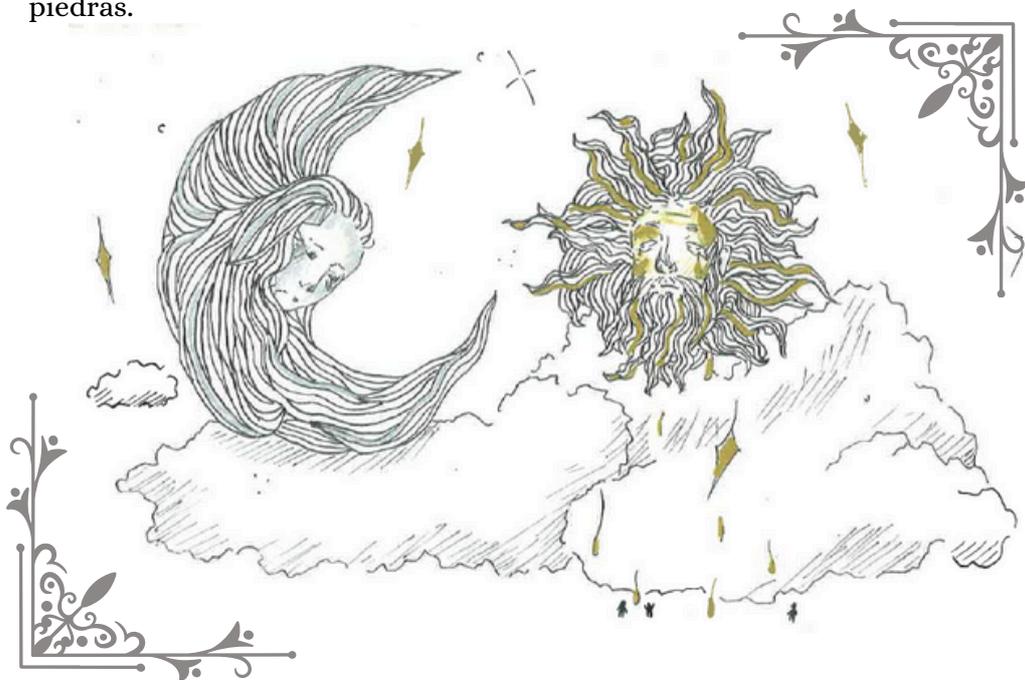
Ilustraciones de:
Paola Bouquet Baca

La maldición del aferro

por Helena Nicole Apolinar Vázquez

Las leyendas del viejo Vidheraya suelen relatar la misma historia, todas con variaciones y distintos finales, pero todas circulan sobre el mismo contenido: los vedhereyas.

En las historias más antiguas del reino se dice que las deidades del Sol y la Luna se enamoraron al encontrarse en la Tierra, pero dicho amor fue castigado por los dioses de Día y Noche, quienes en un ataque de celos separaron a las dos deidades con una maldición, condenándolos a pasar la eternidad separados. El Sol sufrió terriblemente por la pérdida de su amada, y lloró hasta que sus lágrimas se esparcieron por el cosmos, creando las estrellas, las cuales se aferraron a la Luna, acompañándola durante toda la eternidad, pero las leyendas cuentan que dichas lágrimas también cayeron en la superficie de la Tierra, empapando las montañas y piedras.



De ahí se dice que nacieron los seres conocidos como los ‘vedhereyas’; criaturas que emergieron del suelo con habilidades similares a las de las deidades. Gozaban de la inmortalidad, dentro de sus venas corría oro puro y poseían características bellas, similares a las de la Deidad del Sol. Sin embargo, con el pasar de los milenios, las criaturas desaparecieron sin dejar rastro. Se dice que el sufrimiento del cual fueron creados fue heredado a ellos, un dolor tan terrible que los seres no pudieron soportarlo, y decidieron abandonar la inmortalidad; terminando así con lo que debió haber sido una eternidad de vida. Se cree que ese fue su fin. Así es como lo cuentan los libros y leyendas, aunque existe otra historia. Una sin nombre, olvidada; conocida solo por los dioses y deidades.

La historia sin nombre cuenta la leyenda de un mortal y un vedhereya. Se dice que la Diosa del Destino los cruzó por primera vez cuando los dos no eran más que soldados en el mismo lado de una batalla. Prodigio de la guerra; la humana era conocida por su pericia en las trincheras. Experta en tragedias y hábil para disparar una flecha al corazón en el primer intento, pero carente de las experiencias que ofrece la vida cuando se está despojado de armadura. Fuerte, pero joven; Audelia era su nombre.

Una criatura arrogante, el vedhereya era conocido por su fuerza y su orgullo, tales atributos se le pueden otorgar a una criatura que se hace pasar por indestructible. Él usaba su espada tal como un niño juega con un palo y arrebatava vidas con la misma facilidad con la cual uno destruye castillos de arena en la playa. Indestructible, pero egocéntrico; Orfeo era su nombre.

—Eres una criatura poderosa— fue lo primero que Audelia le dijo a Orfeo.

Cinco años dentro de lo que más tarde se conocería como "La Gran Guerra de Vidheraya" la Diosa del Destino decidió jugar con dos hilos que estaban bajo su cuidado, entrelazándolos irreversiblemente. Más tarde La Gran Guerra de Vidheraya se escribiría en libros y se convertiría en canciones de grandeza y valentía: cuentos para los niños e historias de las cuales los reyes alardearían durante los siglos venideros. Pero en aquel entonces, antes de la victoria y la grandeza; el aire olía a madera quemada y cadáveres; el hogar de la guerra era un escondite que se encontraba en un prado junto a un paso de montaña. Un campamento con tiendas

insuficientes para todos los soldados, repartidas sobre hierba muerta y hogueras llenas de madera negra.

Orfeo soltó una risa en aquel entonces, inclinando una copa de vino sobre sus labios. La criatura estaba acostumbrada a los cumplidos, a que las mujeres lo persiguieran con propuestas de matrimonio gracias a su aspecto, a su habilidad, sus riquezas y su título.

—Debes ser valiente— el vedhereya replicó con sonrisa encantadora.

—Los soldados nunca se me acercan, a menos que sea para cubrirse de las llamas o de una espada.

—Tu presencia los aterra— respondió la humana, sus ojos verdes parecían brillar incluso bajo las pesadas nubes de humo.

—Todavía no he experimentado dicho miedo.

—Entonces no eres valiente, sino ignorante— Orfeo dijo y se inclinó para recoger su espada. Esta estaba hecha de la más fina obsidiana, la cual brillaba incluso bajo la tenue luz de las llamas mortecinas de las hogueras; una maravilla para la vista. Por más arrogante y orgulloso que fuera, su espada era el arma más poderosa que una persona podía fabricar, mucho más empuñar; y él lo sabía muy bien. La acción no era más que un espectáculo, presentar su arma de tal manera bastaría para que cualquier guerrero se acobardara como un cachorro y huyera con el rabo metido entre las piernas. Sin embargo, la humana ni siquiera se inmutó ante la amenaza, sus desgastadas botas de cuero se quedaron clavadas al suelo.

—No confundas mi falta de miedo con una falta de respeto— Audelia respondió con una calma enervante, desenfundando su propia arma de su cadera. La espada era tan sencilla como su dueño; la cuchilla era un trozo de piedra afilada con un mango de madera envuelto en cuero deshilachado y gastado, víctima de años de uso.

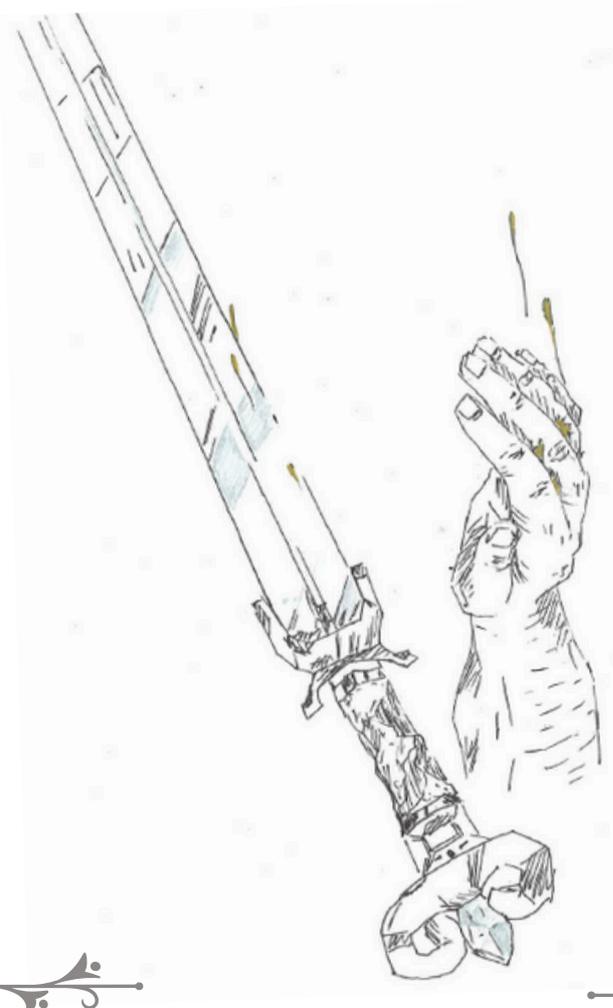
—Tu presencia me confunde pues eres el soldado más fuerte aquí, pero no por tu habilidad en batalla, sino porque eres capaz de seguir atacando aun teniendo un cuchillo enterrado entre tus costillas— ella concluyó.

—Mide tus palabras pues si has venido a dudar de mi valor en esta guerra, no seré benevolente a la hora de demostrarte lo equivocada que estás— Advirtió entonces el vedhereya, sus palabras eran como un siseo de serpiente.

—Te he visto luchar— dichas advertencias cayeron en oídos sordos.

—Has vencido a innumerables enemigos, sin embargo, cuando se trata de una batalla apropiada, careces de la postura adecuada, tus ataques no están planeados, ya que son guiados por emoción, incluso la forma en la que sostienes tu espada es incorrecta...

Audelia chocó con la suya, presionando hacia abajo con tanta determinación que la punta de la espada de Orfeo sucumbió tras unos segundos de forcejeo, apuntando hacia el suelo, lo que creó un desbalance que ocasionó que su arma terminara resbalándose de sus manos, cayendo en el suelo.



—¡Esto no prueba nada! ¡Solo me has tomado desprevenido, humana insolente! —Orfeo se apresuró a gritar, la vergüenza hirviendo en sus venas, mientras Audelia solo se limitó a observar.

—Tal error te habría costado la vida si fueras como yo, si me hubieras dejado...

Manchas de rojo se extendieron por los rasgos afilados del inmortal como un río desbordado y cegado por la vergüenza, él se apresuró a recuperar su espada del suelo, pero una vez más, la humana pareció ver a través de él, pasando a su lado tan rápida y silenciosa como una sombra y presionando el mango contra el suelo con la suela de su zapato.

—Eres demasiado arrogante para aprender de tus errores y demasiado orgulloso para siquiera pensar que hay espacio para mejorar en primer lugar— ella declaró, su confianza era más fuerte que el arma que empuñaba.

—¿Qué es lo que quieres?! ¿Has venido a jugar conmigo? ¿Ver qué tan lejos puedes llegar antes de que te corte la lengua? —el inmortal gritó.

—Como ya lo he dicho, eres una criatura poderosa— dijo Audelia, inclinándose para recoger la espada de Orfeo. Él esperaba que la humana cediera al peso, que lo encontrara imposible, que apenas fuera capaz de levantar la pesada arma del suelo, pero no fue así. Audelia recogió la espada, la inspeccionó por unos instantes y se la ofreció de vuelta.

—Poderoso— una sonrisa se formó en su cara y dos hoyuelos aparecieron en su cálida piel como una agradable sorpresa.

—Pero serías indestructible, si me dejaras enseñarte cómo es la guerra en realidad.

Orfeo se quedó mirando. La miró tan fijamente que logró ver en sus ojos su propio reflejo, odiando cada detalle sobre ella. Él estaba seguro de que la odiaba tanto que podía sentir cómo el aire se escapaba de sus pulmones en indignación, dejándole un sentimiento de frustración royéndole el pecho.

—Tu nombre— el vedhereya agarró la espada por la cuchilla, dejando que le cortara la piel de los dedos, el dolor no mitigó su frustración en lo más mínimo, pero la criatura se encontró satisfecha al mirar la expresión de horror en la cara de la humana.

—El nombre es Audelia— la humana entonces apartó las manos de Orfeo de la cuchilla, tomando sus dedos sangrantes en sus palmas.

Tras unos segundos de inspección, ella tiró de la tela de su manga con sus dientes hasta que esta se rasgó y Orfeo observó cómo le envolvió los dedos con una delicadeza que, hasta en ese momento, había estado seguro de que solo estaba destinada a ser usada en los mortales.

—Primera lección; solo porque puedes sangrar sin consecuencias, no significa que debas hacerlo.



La historia sin nombre cuenta cómo la humana y el vedhereya, tras aquel fútil encuentro, entrenaron día y noche. Ambos seres vivían en pugna constantemente durante aquellos meses que pasaron juntos, apenas soportaban la presencia del otro mientras chocaban lanzas en prados llenos de hojas anaranjadas y cafés. Con el pasar del tiempo, las hojas de los árboles comenzaron a fallecer, sus cuerpos se desprendían de las ramas y terminaban enterradas bajo las crecientes capas de nieve; de cierta manera, mientras todo parecía morir a su alrededor, la relación entre Audelia y Orfeo apenas empezaba a brotar vida. Los días de entrenamiento terminaban en copas de vino compartidas debajo del brillo de la luna, luego, horas de silencio se transformaron en horas de conversación y sus conversaciones eventualmente en risas.

Un vedhereya no tiene madre o padre; no nace del amor, y no crece con cariño, estas criaturas carecen de humanidad, pues no la necesitan. No requieren de alguien que los guarde del mundo, que los guíe, que los cuide al enfermar o que les venden las heridas, pero Audelia parecía creer en lo contrario; ya sea con comida tras entrenamientos largos, con pieles de lobos y osos tras la primera nevada, con vendas y telas para cubrir sus heridas. Parecía ser que Orfeo encontró la humanidad que le hacía tanta falta en Audelia, y mientras más avanzaba la guerra, más se encariñaba Orfeo de la humana, de sus palabras, de su presencia, de sus toques cálidos y rebosantes de gentilidad.

Flechas caían del cielo en la batalla que marcaría el final de La Gran Guerra de Vidheraya; un ataque sorpresa de la nación enemiga, quienes habían logrado encontrar su escondite gracias al humo emergente de las hogueras que se prendían en las noches. Los talones de Orfeo se clavaron en la gruesa capa de nieve que cubría el campo y el frío le subió por las piernas como arañas, sus brazos temblaban gracias a la fuerza con la que el vedhereya sostenía su escudo.

—¿Dónde se encuentra Audelia? —pregunto Orfeo tras clavar su espada en el pecho de un soldado enemigo, su voz era alarmantemente calmada mientras el cuerpo se deslizaba de la cuchilla y caía al suelo con un sonido húmedo.

Su aliado titubeó antes de responder, sus ojos tan grandes como los de un cachorro mientras observaba la sangre que decoraba la cara de Orfeo.

—La... la colina.

Con sus manos aferrándose al mango de su espada y ni una pizca de misericordia en su alma, Orfeo erradicaba a cualquier enemigo cercano paso a paso, dejando caminos rojizos detrás de él con las suelas de sus botas y el goteo de sangre de la cuchilla de su espada.

—¡Misericordia!— tan abruptamente como la batalla comenzó, ésta terminó.

Gritos de euforia llenaron el campo, y Orfeo observó a la nación contrincante, bañados en sangre y sacudiendo pañuelos blancos hacia el cielo como una plegaria, los cuerpos de sus compañeros adornaban el área tal como flores en un prado. Una sonrisa triunfante explotó en la cara del vedhereya, quien abandonó su espada en la nieve, apresurándose a subir la colina.

—Audelia! ¡Hemos ganado! La guerra ha termina...

Las palabras murieron en su boca, pues la Diosa del Destino decidió en ese momento descubrir qué sería de un vedhereya al hacerlo amar un ser, solo para arrebatárselo después.

Apenas terminaba de escalar la colina, ahí debajo de los árboles desnudos y carentes de color; la sangre teñía a la nieve de tonos escarlata y rosados, formando la figura de un óvalo sin gracia debajo del cuerpo de Audelia, acunándola tal como una manta. Se dice que el llanto que abrió pasó fue tan terrible que la propia piel de Orfeo se quebró, dejando líneas parecidas a las de las fisuras en una taza de porcelana en su piel.

Pero la furia puede llegar a ser más fuerte que la tristeza, pues Orfeo regresó al prado y mientras su general establecía un tratado de paz con la nación opuesta, el vedhereya robó su espada y se lanzó hacia los soldados que habían quedado en pie. La criatura silenció las plegarias con el filo de su espada, ignoró los llantos con patadas y puños moreteados, y rompió las banderas blancas con sus propios colmillos hasta que se tiñeron de rojo.

—¡Basta! ¡La guerra ha terminado! ¡Detente! —gritó el general, pero nadie osaba acercarse a la criatura, pues les aterraba su fuerza e ira.

—¡La guerra termina cuando lo diga yo! —la piel del vedhereya se quebró aún más, oro empezaba a gotear por sus mejillas, mezclándose con la sangre de sus víctimas.

—¡Se ha vuelto loco! —exclamaban los soldados.

—¡Huyan! —comandaba el general.

—¡Devuélvemela! —gritaba la criatura.

Eventualmente, los soldados se dieron cuenta de que el vedhereya no pararía hasta que no quedara ni un ser vivo en el prado, así que con una última mirada profunda de resignación; se marcharon, dejando a la nación opuesta a la merced de Orfeo. Mientras el pueblo recibía las noticias de que la nación de Vidheraya había sido victoriosa y celebraban con bailes y bebidas. Orfeo se quedó en aquella colina, acunando el cuerpo de Audelia dentro de sus brazos, meciéndola con una canción de cuna compuesta de llantos y versos de los lamentos.

—Se ha quebrantado tu alma, vedhereya. — la Diosa del Destino bajó de los cielos tras cinco noches, su piel dorada brillaba bajo la tenue luz de las estrellas, su vestido compuesto de hilos rojos, meciéndose con la brisa. Orfeo se encontraba en el mismo lugar en el que se había quedado al final de la batalla, su armadura de lado, manchas de sangre seca marrón en sus manos, su ropa; su pelo negro caía sin gracia sobre su cara, las puntas tías con suciedad.

—Deja de aferrarte, criatura obstinada. —La Diosa habló de nuevo, sus ojos blancos miraban a través de Orfeo. Él levantó la mirada, grietas doradas adornaban su rostro, unas corrían desde su barbilla y hasta sus labios, otras recorrían desde su frente hasta sus pómulos, y muchas otras se arraigaban en sus ojos, reflejando lágrimas.

—Dejaré de aferrarme hasta que el cielo se caiga, hasta que las aves dejen de cantar, hasta que los humanos dejen de amar— el vedhereya contestó, su voz ronca y vacía.

—Hasta que dioses como tú dejen de arrebatarse las únicas vidas que valen la pena en esta Tierra.

El disgusto de la Diosa del Destino se hizo claro con el sonido de un trueno en el cielo desnudo de alguna nube, pero Orfeo solo sostuvo el cuerpo de su compañera aún más cerca.

—El Destino de otros no es algo que puedas cambiar. Entiérrala, dale descanso a su cuerpo y a tu alma. —ella ordenó, su voz era carente de cualquier amabilidad.

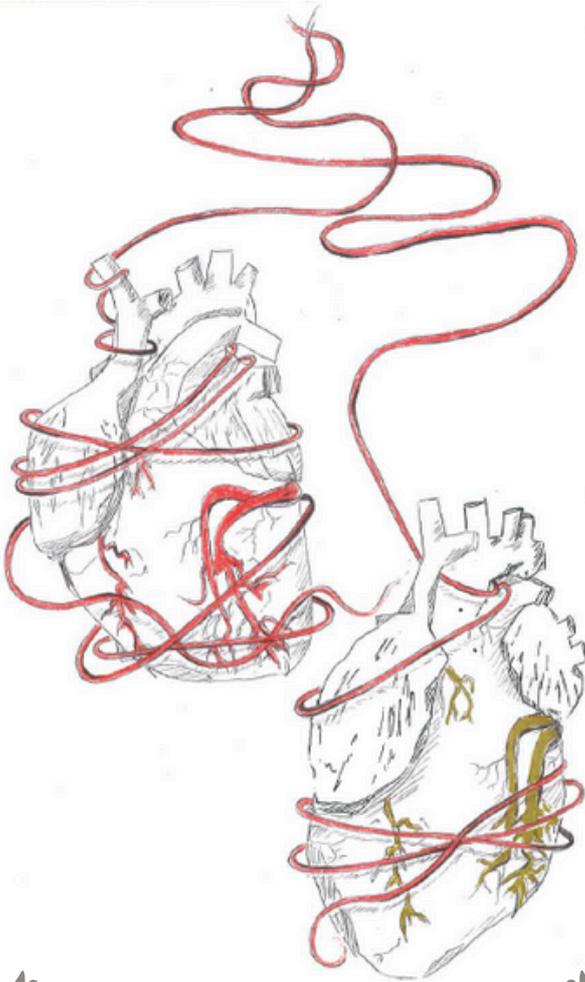
Pero Orfeo se negó.

—¿Qué es lo que deseas, criatura del sol? —la Diosa preguntó entre dientes apretados, harta de ser desobedecida por un ser inferior a ella. Orfeo no dudó ni un momento antes de responder.

—Regrésamela.

—Nunca fue tuya para comenzar. —Ella disparó de vuelta.

Orfeo sintió que sus pulmones se contraían, que el aire lo abandonaba como conejos salvajes que huyen del depredador, su corazón se contraía en su pecho. Entonces, lo que solía ser una criatura arrogante, cruel y lleno de orgullo, se postró a los pies de la Diosa.



—Aunque Audelia nunca fue mía, te ruego que le regreses la vida. —Orfeo imploró con su frente presionada contra el suelo, mientras una mano se aferraba a los pies de la Diosa y la otra sujetaba el cuerpo de Audelia.

—Toma la mía si es necesario, arrebatame el alma y dásela a ella, intercambia nuestros lugares; te lo ruego.

La Diosa observó a la criatura y tras un momento de silencio, se arrodilló para estar a su nivel.

—Vedhereya mío, tú sabes muy bien que tu alma posee inmortalidad— su mano acarició la cara agrietada de Orfeo y las puntas de sus dedos se pintaron de dorado.

—Los humanos no están hechos para cargar con dicho regalo.

—Se lo ruego— la voz de Orfeo tembló.

—Las consecuencias...

—Yo me encargaré. Sea lo que sea, se lo ruego, pagaré cualquier costo o deuda— Orfeo rogó nuevamente, desesperado. La Diosa suspiró, parándose y mirando hacia abajo, sus ojos estudiando a la criatura por unos segundos.

—La Diosa de la Vida me culpa por haber cruzado los hilos de tu vida y los de la mortal, busco enmendar este error, pues tu destino amenaza el de todos los seres restantes en esta Tierra.

Sus palabras sostenían una promesa, una maldición que era irreversible.

—Le daré inmortalidad a la humana, si aceptas no volver a ser capaz de causar ningún tipo de daño en otro ser vivo.

Orfeo no dudó ni por un momento.

—Acepto.

La Diosa del Destino asintió, pero su mirada era la de arrepentimiento y con un leve movimiento de su muñeca, el cuerpo de Audelia empezó a ser envuelto en hilos rojos, que hilvanaban su cuerpo roto, respirando vida en ella. La Diosa se esfumó tras aquello, pero a Orfeo no le importó, sus brazos sujetaban el cuerpo de Audelia que poco a poco iba ganando calor, su pecho subía y bajaba.

—¿Audelia? — Orfeo preguntó, su voz apenas un susurro, rebosante de esperanza. Ella parpadeó lentamente y su boca se abrió, pero no escapó ningún sonido; solo un jadeo desesperado.

—Respira Audelia, estás a salvo.

La boca de Audelia se abrió de nuevo, pero esta vez el sonido que salió de su boca fue demoniaco. Su cuerpo empezó a temblar y Orfeo observó cómo su boca tomó una forma de medialuna para hacerle espacio a sus dientes, los cuales se convirtieron en afilados colmillos. La criatura no podía moverse, ni pensar, observando inútilmente cómo aquellos hilos rojos que parecían sanar ahora desfiguraban. Orfeo intentó arrancar los hilos, pero estos se injertaron en la piel de la humana, jalando, cambiando; de repente sus extremidades se alargaron, y de donde previamente se encontraban los hilos, empezaron a brotar escamas negras, sangre corría debajo de ellas y se escurría entre las fisuras de su piel.

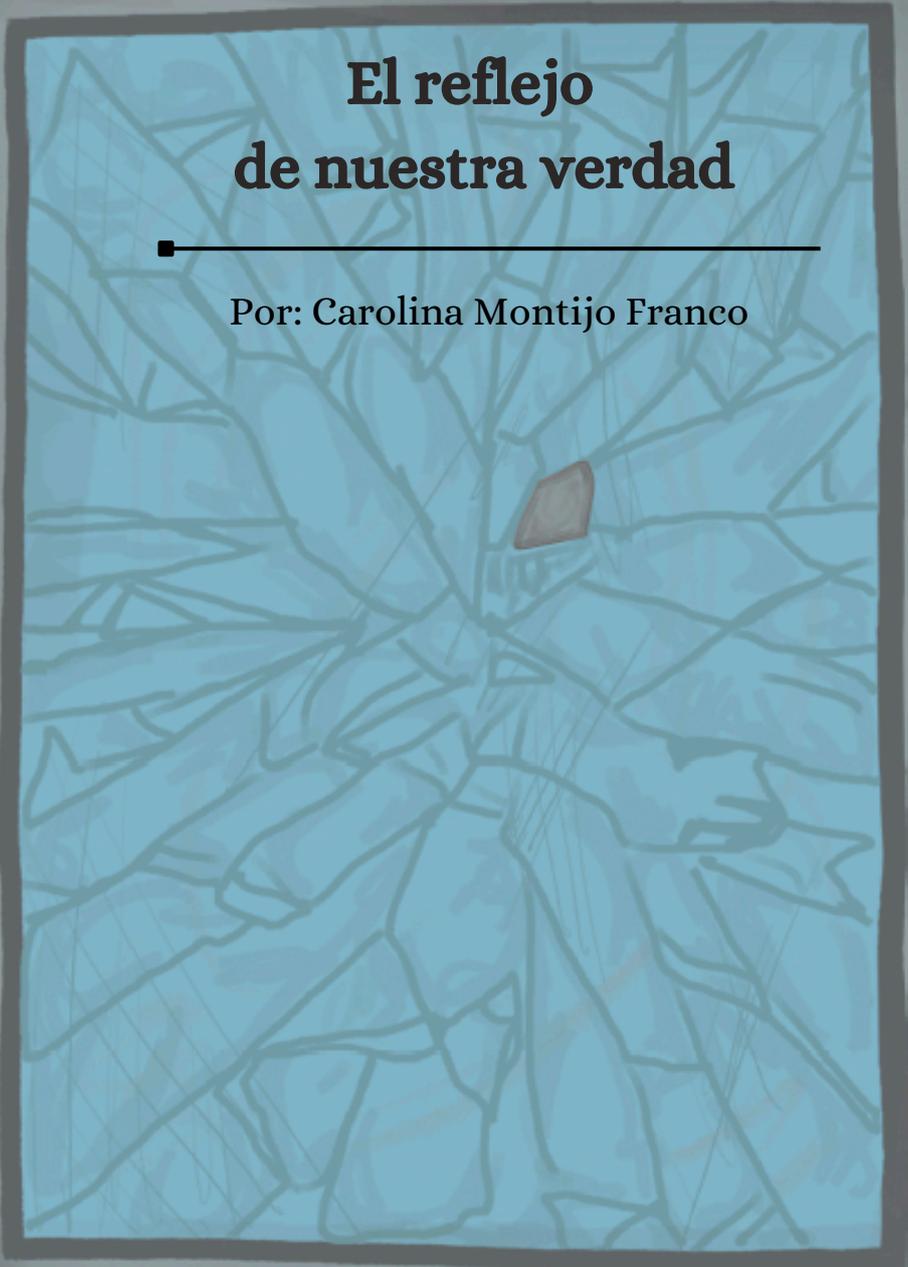
Náusea asaltó todos los sentidos de Orfeo al solo poder observar a la persona que tanto amaba convertirse en algo inhumano, al ver su cuerpo cambiar, su voz transformarse; volverse algo que no era ella. Muy bien lo dijo La Diosa del Destino, el destino de otros no es algo que puedas cambiar, el único que puedes moldear es el tuyo—y al decidir el destino de Audelia, la transformó en un ente sin vida, sin alma.

Y entonces cuenta la historia sin nombre que Orfeo sigue en aquella colina dentro del prado que con el pasar de los milenios— se convertiría en el bosque de la nación de Vidheraya, un reino que nació de la leyenda de un soldado vedhereya que asesinó a toda la nación contrincante y se esfumó sin dejar trazo alguno al final de la batalla; Un soldado mandado por el mismo Dios del Sol. Pero la verdadera historia, la conocida por dioses y deidades, cuenta el verdadero final, que, en la cueva de la bestia en lo más profundo del bosque, un vedhereya cuida de una criatura que es más bestia que humano; una maldición nacida de su propia codicia y dolor.

Se dice que Orfeo amó a Audelia por toda la eternidad, pese haberla perdido.

El reflejo de nuestra verdad

Por: Carolina Montijo Franco



Ilustraciones de:
Luciana Covalles Castro

El reflejo de nuestra verdad

por Carolina Montijo Franco

Desde que tengo memoria siempre hemos sido James, Kai y yo. Todos nos conocen como el trío revoltoso, lo cual es parcialmente cierto. Nuestra amistad comenzó el primer día de Primaria. James era un niño divertido e inquieto, mientras que Kai era un niño tímido y callado. Por otro lado, yo era un balance de ambos, esto hizo que al conocernos nos complementamos a la perfección.

Al entrar a Preparatoria meforcé a madurar, ya que mis padres no soportarían más de mis travesuras ni caprichos, pero James no pensaba lo mismo. Él seguía siendo aquel niño problema. Un día nos encontrábamos en el pasillo de la escuela cuando de repente James dijo:

—Hay que hacer enfadar al director—. Kai y yo lo volteamos a ver con cara de preocupación,

—¿Acaso nos odias?, tú sabes que ya no puedo darme el lujo de meterme en problemas—, contesté.

Él no se veía muy contento con mi respuesta.

—Sería la última broma, se los prometo—, dijo James.

En ese momento fue fácil creerle.

—Está bien, pero que sea la última vez—, contestó Kai.

Al día siguiente preparamos la sorpresa que le teníamos al director. Mientras James y yo acomodábamos todo, Kai se encargó de distraerlo. Horas más tarde, cuando llegó la hora de salida, se prendió el televisor donde se pasaban las noticias de la escuela. De repente solo se veía el director en su oficina con la silla pegada a su traje, enojado por lo que estaba pasando. Todos los alumnos se reían a carcajadas sobre lo sucedido. James, Kai y yo no éramos la excepción, pero las risas no duraron mucho tiempo. Pronto empezaron a buscar a los culpables. Pensamos que nadie sabría que habíamos sido nosotros, pero estábamos equivocados. Las cámaras de seguridad lo captaron todo, por lo que, James y yo nos metimos en muchos problemas.



Al llegar a la oficina sentí un gran remordimiento por lo que habíamos hecho. Mi conciencia se encontraba al borde del precipicio, sin embargo, no era yo por quien temía. La cara de James lucía sumamente seria. Sabía que estaba arrepentido de lo que hizo, aunque no se atreviera a decirlo con palabras.

—¿Ustedes saben lo mucho que esto les perjudicará?! —dijo el directo enojado. No sabía qué contestar, así que permanecí callada. James, por otro lado, comenzó a empeorar las cosas.

—Director, ¿se ha dado cuenta que parece un tomate cuando está enojado?

—¿En serio?, qué novedad. Yo te tengo un dato curioso para ti, esta será la segunda vez que se te suspende. Una vez más y quedarás fuera de esta escuela—, dijo con un tono sarcástico. La sonrisa de James se borró al instante. En ese momento decidí que debía intervenir.

—Le prometemos que no volverá a pasar—, dije.

—Esperemos, quedan suspendidos una semana y deberán limpiar la escuela sábado y domingo.

—¿Es todo? —pregunté.

—También tendré que hablar con sus padres sobre lo que ocurrió, ahora retírense de mi oficina antes de que se me ocurra algo similar a lo que ustedes me hicieron.

Al salir de ahí el temor invadió cada centímetro de mi cuerpo. Mis padres no estarían nada contentos con lo que hice. Jamás me había sentido tan nerviosa como aquel día.

Llegué a casa esperando que mis padres aun no supieran nada sobre lo ocurrido, pero ya era muy tarde. Al abrir la puerta mi madre me llamó de inmediato a la cocina.

—Clara, el director habló y me contó todo. ¿Por qué hiciste algo así?, ya habíamos hablado sobre esto—. Una lágrima se derramó por mi rostro y sentía un nudo en la garganta, podía sentir la decepción de mi madre.

—Lo lamento, era la última vez. Te lo prometo—, dije con la voz temblorosa.

—¿Acaso fueron James y Kai los que te hicieron hacerlo?

—James dijo que sería la última vez y Kai aceptó, no sabía que nos atraparían.

—Clara, tú sabes cómo es James. Tu trabajo como su amiga era hacerle ver que era incorrecto lo que estaba haciendo y no alentarle a que hiciera eso—. Esas palabras me hicieron entrar en razón, era cierto. No me podía dejar llevar por los impulsos de los demás.

El día de detención noté a James abrumado. No sabía qué le habían dicho en casa, pero tenía por seguro que no era nada bueno.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Sí—, contestó con voz ronca.

Noté que no tenía ganas de hablar, por lo que decidí no molestarlo con más preguntas. Luego de un rato llegó el maestro que nos vigilaría todo el día, pero sinceramente no era muy estricto.

Después de un rato llegó Kai a hacernos compañía, mientras nosotros limpiábamos el pasillo principal. Para cuando terminamos de limpiar el piso, continuamos con todos los casilleros del lado izquierdo. Justo antes de acabar, en el penúltimo casillero, James notó algo particular en este. Se le hizo extraño, por lo que nos llamó a Kai y a mí.

—¿Todo bien James?—, preguntamos. Él nos miró con cara de confusión.

—Este casillero no tiene candado, simplemente se encuentra sellado—, dijo.

Kai intentó abrirlo, pero no tuvo suerte. Todos estábamos convencidos de que no era casualidad que estuviera cerrado. Después de un rato Kai sugirió que lo dejáramos así, ya que no quería meterse en problemas. Sin embargo, James no le hizo caso y comenzó a patear la puerta con su pie. Yo le pedí que se detuviera porque estaba haciendo mucho ruido cuando de repente esta se aflojó. Intentamos abrirla de nuevo entre los tres y después de unos dos intentos, esta abrió.

Para nuestra sorpresa el casillero estaba vacío, lo único que habitaba dentro de él eran telarañas.

—¿Todo este alboroto para nada? —dijo Kai—.

Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta del casillero Kai detuvo la puerta drásticamente.

—¡Espera!, creo que veo algo. ¡Miren!

Nos paramos justo a su lado y vimos algo extraño. Era un escrito muy peculiar. Parecía haber sido tallado al fondo del casillero.

—¿Saben qué significa? —pregunté.



—No tengo ni la menor idea—, dijo Kai.

Cuando llegué a casa no podía pensar en otra cosa que no fuera lo que acababa de pasar. Tenía muchas preguntas: ¿qué hacía ese escrito ahí?, ¿qué significaba?, ¿cuánto tiempo llevaba ahí? y muchas otras preguntas.

El domingo regresamos a continuar con nuestro castigo. Intenté buscar su significado, pero no tuve suerte. Mientras limpiábamos, el maestro que nos tenía que observar se retiró de donde nos encontrábamos. En cuanto se fue corrimos a aquel casillero de la vez pasada.

—¿Encontraron algo ustedes? —pregunté emocionada.

—Creo saber, aunque no sé si estoy equivocado—, contestó Kai.

—Según lo que investigué esto es latín y significa “tu rostro no es lo único que se refleja en él”.

—¿Qué significa eso?

—La verdad no sé a qué se refiere. ¿No hay nada más adentro? Kai se encontraba inspeccionando el casillero cuando de repente comentó con cierta incertidumbre:

—Esperen, creo que la pared dentro esta hueca—. Era cierto, al parecer había algo del otro lado, pero cómo abrirlo.

James intentó patearla, sin embargo, esta vez no funcionó. Pensamos en diferentes maneras de abrirlo, pero nada parecía funcionar. De repente se me ocurrió la respuesta a aquel enigma.

—¡Un espejo!—, grité. Saqué uno que siempre cargo conmigo y mientras lo movía dentro del casillero me di cuenta de que había algo escrito en el techo de este. Parecía ser otro acertijo que decía, “En mi superficie clara y cristalina, el mundo se imita. Para encontrar la llave a tu camino, utiliza las gotas que de mí se desprenden”.

James lo entendió de inmediato:

—¡Agua!, esa es la repuesta—. Tenía mucho sentido, corrí al bebedero y serví un poco de agua en un cono.

—¿Ahora qué? ¿Solo lo mojo? —pregunté.

—Supongo—, contestaron Kai y James al mismo tiempo.

Agarré un poco de agua con mi mano y mojé las palabras talladas en la pared. Al hacer esto la puerta se empezó a abrir, pero no por completo. Todos estábamos confundidos. Intenté mojarla más veces, pero no abrió más.

En un impulso de desesperación, James arrojó el agua al escrito; en ese momento la puerta se levantó un poco más, pero no lo suficiente como para pasar. Después de lo que hizo James, Kai tomó el cono de agua y al igual que nosotros, mojó el escrito una última vez. Al abrirse la puerta Kai comentó:

—La puerta sabe cuántas personas estamos frente a ella. Funciona como un espejo. Si todos queremos entrar, todos tenemos que abrirla de cierta manera.

James y yo no sabíamos como Kai sacó esa conclusión, por lo que simplemente aceptamos el acontecimiento y seguimos adelante.

Al entrar nos dimos cuenta de que era un cuarto pequeño, pero alto. Frente a nosotros había algo escondido debajo de una tela blanca y polvorienta. Los tres agarramos aquella tela y la quitamos de donde se encontraba. Debajo de esta se encontraba un espejo alto e intimidante. Este tenía el mismo enigma que se encontraba en la pared de la entrada. Al estar parada frente a él me miré a mí misma, parecía un espejo normal. Por otro lado, Kai se encontraba asombrado por lo que estaba viendo.

—¿Ustedes creen que este espejo prediga el futuro? —preguntó entusiasmado. Lo miré en su reflejo, pero yo solo lo miraba a él.

—¿De qué hablas? —le pregunté preocupada.

—¿Acaso no vez lo interesante que soy para estas personas? —dijo. Me sentía muy confundida, sentía que no era él quien hablaba.

—Kai, creo que será mejor que te alejes del espejo—, le dije preocupada. Él simplemente ignoró mis palabras y dijo:

—James ven a ver esto, es genial—. James corrió hacia donde nos encontrábamos Kai y yo.

Cuando estaba parado junto a mí pude notar cómo su rostro cambió completamente. Era como si sus ojos no pudieran creer lo que estaba viendo.

—¿Tu qué ves? —pregunté. Él ignoró mi pregunta. Parecía asombrado y enojado por lo que veía.

—¿Qué vez? —insistí, a lo que contestó “algo que nunca tendré”, dijo con una voz enfurecida. De repente James se comenzó a acercar cada vez más al espejo hasta que con todas sus fuerzas le pegó justo en el centro y lo rompió en muchos pedazos.



Al romperse frente a nosotros sentí algo raro dentro de mí, como si yo fuera el espejo.

—¿Qué hiciste? —gritó Kai. James no dijo ni una palabra más y salió de ese lugar. Kai sin procesar lo que acababa de pasar, se tiró al suelo y comenzó a llorar frente al espejo como si acabará de perder algo muy importante para él. No sabía qué hacer, así que ayudé a que Kai se levantara para salir de ese lugar y llevarlo a casa.

Después de ese día algo raro pasaba conmigo, me sentía vacía. Además, no supe nada de mis amigos por un tiempo, debido a que no me dejaban salir de casa. Intenté contactarlos, pero no dio resultado. Lo único que sabía era que James y yo seguíamos suspendidos esa semana.

Cuando regresé a clases los busqué para asegurarme de que ambos estaban bien. Mientras caminaba por el pasillo, pasé justo a lado de aquel casillero. Al estar junto a este sentí una sensación muy rara e incómoda, pero no le presté atención. Continué caminando por la escuela hasta que finalmente vi a lo lejos a Kai.

—¡Kai!, —grité desesperada. Él se detuvo por un momento, pero siguió caminando por su rumbo. Corrí para alcanzarlo, pero al verlo bien me di cuenta de que algo estaba mal.

—¿Te encuentras bien?, —le pregunté preocupada. Solo me miró un segundo y regresó su mirada hacia enfrente. Algo estaba mal, su cara se veía alterada, sus ojeras colgaban de su rostro y se miraba mucho más ansioso de lo normal. Me paré frente a él y lo abracé por unos segundos. Al alejarme le pregunté de nuevo:

—¿Estas bien? —Él solo me miró y en pocos segundos un mar de lágrimas inundó su cara. Me sujetó fuerte y comenzó a repetir la misma oración una y otra vez, “Nadie me ve, nadie me aprecia, nadie me necesita”. Parecía estar paralizado.

Luego de un rato se detuvo, en ese momento le pregunté por qué me decía eso, a lo que me contestó:

—Eso es lo que soy, eso es lo que piensan de mí.

Al escuchar esas palabras la imagen de él parado frente al espejo vino a mi mente. ¿Acaso él se fragmentó? ¿Acaso todos nos fragmentamos? Después de eso intenté hacerlo entrar en razón. Traté de explicarle que lo que lo estaba haciendo sentir de esa manera era el espejo, no las personas.



En ese momento entendí que todos éramos víctimas del espejo. Entendí que para poder reparar las cosas debíamos arreglar el espejo.

James era mi otra preocupación. Lo buscamos por toda la escuela, pero no había señal de él. Nos salimos antes de que se acabará la escuela para ir a buscarlo a su casa, sin embargo, no lo encontramos. Su padre nos abrió la puerta, al preguntar por su hijo su cara cambio completamente. Lucía enfadado, como si el hecho de escuchar el nombre de James alterara su paz. Él nos dijo que su hijo no se encontraba ahí y que no le importaba donde estuviese con que fuera lejos de él. Podía sentir cómo su padre lo menospreciaba. Comprendí que el comportamiento de James venía de un lugar donde le enseñaron a expresarse de esa manera. Decidí que arreglar el espejo sería la única solución que teníamos para regresar a la normalidad, para encontrarlo a él.

Al finalizar las clases, decidimos regresar a aquel lugar que nos trajo tantos problemas. Convencí a Kai de que armar el espejo lo ayudaría sentirse mejor y todo volvería a ser como antes. Comenzamos a recoger las piezas y las pegamos en los lugares que pertenecían. Nos tomó horas armarlo y cuando pusimos la última pieza, nada cambió. No podía creer que mi plan no había funcionado. Revisé que todos los pedazos estuvieran en su lugar, cuando de repente me percaté de que faltaban un pedazo. Un fragmento tan minúsculo que nadie notaría que no se encontraba en su lugar, pero ¿dónde estaba? ¿quién lo tenía?

OSO

Por: Natalia Urias Silva



Ilustraciones de:
Maite Urias Silva

Oso

por Natalia Urias Silva

El ser está sujeto a ser libremente aprisionado en la libertad.

En una era pasada, donde la naturaleza reinaba y sus verdes mantos cubrían toda aquella planicie, montaña y llano; donde se seguía su orden y voluntad, donde toda hoja volaba sin límites ni interrupciones humanas, todo estaba en equilibrio y armonía. El sol brillaba, la tierra respiraba y los animales vivían.

En aquel bello paraje, existía un oso. Joven, ingenuo, curioso, un oso. Comía, dormía, hibernaba, despertaba, y de nuevo. Aquel animal vivía una vida llena de reposo y decencia, año tras año, su vida pasaba sin interrupción relevante, nada estresante, ni interesante. Tanta tranquilidad hizo que la criatura trabajara una parte de su cuerpo; algo además de sus dientes y garras, algo un poco más complejo: el cerebro.

Él comenzó algo inusual, una práctica distinta a lo habitual: el pensar. Formulaba preguntas en su mente tan banales como:

- ¿Por qué los árboles son tan altos? —pensó.
- ¿Por qué las hojas flotan en el riachuelo? —preguntó.
- ¿Por qué las ramas crujen al pisarlas? —cuestionó.

Practicó y practicó, se preguntaba a sí mismo de todo, pues a pesar de ser un animal agradable, siempre estaba solo. Su curiosidad e interés por conocimiento crecían a lo largo de los años, su mente, ahora bien aceiteada, trabajaba y trabajaba sin parar día y noche. Una bella tarde de primavera, como de costumbre, se encontraba a la orilla del lago meditando todas las cuestiones que se plantaban firmes en su cerebro. Sin embargo, en esa tarde algo era diferente, sus preguntas no eran de los árboles, las hojas o las ramas, sino que eran sobre él.

- ¿Por qué tengo mis garras? —pensó.
- ¿Por qué soy café oscuro? —preguntó.
- ¿Por qué hiberno todos los inviernos? —cuestionó.



Estuvo en ese estado largo rato, escudriñó sus dudas hasta destriparlas una por una, llegando a una pregunta base; era la pregunta con todas las respuestas, la cuestión sin punto de comparación, interrogante con respuesta constante, la duda que dice: ¿Por qué se vive la vida? Con su gran interrogante, llegó un punto en que no aguantó más, estaba harto de nunca conocer la respuesta a sus constantes preguntas, así que, tomó una decisión.

—Si yo no puedo responder a mis dudas, alguien más podrá—, dijo firmemente.

Así que se levantó de su lugar y comenzó a caminar, sin ningún rumbo aparente, pero con la convicción en alto y voluntad en su corazón, emprendió su viaje hacia las respuestas. Después de un rato de andar en el bosque, llegó a un páramo, cubierto con un manto floreado y brisa primaveral. Un pequeño conejo se vino a asomar, saliendo de su madriguera, se asustó con el oso, y sin chistar se puso a gritar.

—¡AAAAHHH! ¡HUYAAAAAN, UN OSO! —exclamó el pequeño animal.

Tratando de calmar la situación, el oso dijo sin fijación.

—Calma pequeño, solo vengo a conversar

El conejo cesó su chillar, y entre sollozos, la calma trató de conservar.

—He viajado desde mi hogar en la cueva para compartir, y así tal vez responder mi sentir, —expresó el oso.

—Oh... —dijo el conejo—. Creo que con eso te puedo ayudar.

Ya en calma y paz, el conejo se disponía a escuchar, así que con gusto y necesidad, el oso se atrevió a preguntar.

—Conejo, ¿por qué vives la vida? —preguntó.

—Fácil —dijo seguro el conejo—. Huyo.

—¿Huyes? —cuestionó el oso.

—Exactamente, yo huyó para vivir y vivo para huir, sino lo hago, me muero—, dijo el conejo muy complacido de sí.

—Ya veo—, dijo el oso pensativo.

En eso, a lo lejos se escuchó el aullar de un lobo y el conejo, en un tris salió disparado para huir, de salto en salto, del oso se alejó sin rastro. Sin despedida alguna, el oso continuó su viaje. En el bosque, la noche estaba por asomar, y las pequeñas criaturas a su casa debían regresar, pues la noche siempre trae consigo peligro a todo aquel que quiere salir a



investigar. El oso, sin embargo, continuó tranquilo en su andar, pues además de tener una mente sin igual, tenía garras y dientes para combatir todo mal.

—Hola lobo—, dijo tranquilo al percatarse de la presencia de un lobo solitario.

—Hola... —dijo entre dientes el lobo.

Aunque fueran similares en posición en este bosque, al can no le agrada compartirlo con este gran y peludo animal.

—No vengo a molestarte, solo quería charlar un rato— dijo el oso intentando aligerar los ánimos.

—No me importa, haz lo que quieras—, dijo el lobo malhumorado.

—Lobo, ¿por qué vives la vida? —preguntó de una vez.

—Fácil, —dijo sereno el lobo— cazo.

—¿Cazas? —cuestionó.

—Exactamente, yo cazo para vivir y vivo para cazar, sino lo hago, me muero—, dijo el lobo muy complacido de sí.

—Ya veo—, dijo el oso pensativo.

De pronto, una pequeña ardilla pasó corriendo frente a ellos, sin desperdiciar ni un segundo, el lobo corrió para perseguir al roedor, la cena tenía que ser servida. Sin más preámbulos, el oso continuó su viaje. Ya completamente entrada la noche, el oso paseaba por el oscuro bosque, el frío reinaba y el viento soplaba, en eso, alcanzó a divisar dos puntos luminosos que lo miraban fijamente sin dudar.

—Hola puma—, soltó en tono amigable.

—Hola amigo mío —dijo el puma cortésmente—. De casualidad se puede saber ¿qué haces en este lado del bosque tan de noche?

—No te preocupes, solo vengo a preguntarte algo—, enunció finalmente.

—Y tú puma, ¿por qué vives la vida? —preguntó el oso.

—Fácil —dijo calmado el puma—. Asusto.

—¿Asustas? —cuestionó.

—Exactamente, yo asusto para vivir y vivo para asustar, sino lo hago, me muero—, dijo el puma muy complacido de sí.

—Ya veo—, dijo el oso pensativo.

De repente, una manada de ciervos pasaba tranquila por el oscuro bosque, el puma, sin pensarlo dos veces, se escabulló entre la hierba seca,



listo para salir y causar alboroto. Sin más que decir, el oso continuó su viaje.

Y así, el oso caminó y caminó, preguntando sin parar a toda aquella criatura que se podía encontrar, “Y tú amigo, ¿por qué vives la vida?”. Sin importar de que se trataba de la misma pregunta, no hubo una sola vez que recibiera igual respuesta. Siempre insatisfecho, firme en su misión, ni cien contestaciones podrían haber detenido al necio animal, firme en que la respuesta correcta se reusaba a llegar. Hasta que llegó el día en que se encontró un cuervo negro que al árbol seco voló.

—Hola cuervo—, dijo el oso, curioso como siempre.

—Acompáñame—, planteó el cuervo misteriosamente, y comenzó a volar hacia alguna desconocida dirección.

Sin siquiera la oportunidad de enunciar su pregunta, intrigado, el oso siguió al ave en vuelo, sin pensarlo dos veces, ¿será esta criatura que la respuesta correcta figura? Después de un rato de persecución, el cuervo descendió de su vuelo para entrar a una cueva de ambiente negro. Ni la más potente luz podía iluminar aquel sobrio lugar, un ambiente lúgubre y deprimente, envolvía la cueva sin vida aparente. A pesar de estos aspectos, el oso no vaciló un poco antes de poner la primera de sus patas en aquel lugar tan indeseable.

Sin saber dónde se encontraba, solo y asustado, escuchó por fin el hablar del ave.

—Tú, bello animal, has encontrado algo que jamás te va a abandonar.

El oso sintió algo en su interior.

—Eso que ahora te pertenece, ahora hará que te ahogues en búsquedas infinitas.

Sintió como si todo su cuerpo ardiera en llamas.

—Tendrás la gran virtud de poseer conocimiento incalculable.

Comenzó a levantarse en sus patas traseras, mientras todo su pelaje se desvanecía.

—Y hará que te conviertas en un ser sin empatía, que destruye todo a su paso, lleno de avaricia.

Sus garras y dientes se encogían, junto con todo su enorme cuerpo.

—Serás un ser tan ignorante que, a pesar de tenerlo todo, siempre sentirá que no tiene nada.



Tendido en el piso, exhausto y débil, un humano había nacido.

Al mismo tiempo un insecto entró volando a la cueva, posicionado en el ala extendida del ave dijo sin maldad.

—Pobre animal.

—Y tú insecto, ¿por qué vives la vida? —cuestionó el cuervo.

—Fácil —dijo el insecto sereno— Vivo.

Kpop Karen

por Cynthia Meza Labastida

A Karen le gusta dormir. Prefiere cerrar los ojos ante la televisión que salir con amigos o ir al gym. Si bien el sueño es reparador, creo que Karen exagera siempre un poco. Tiene un trabajo de ocho horas rastreando transportistas para una distribuidora gringa. Se le da bien hablar con fluidez el inglés y es todo un espectáculo verla con su diadema, frente al monitor haciéndole caras a las operadoras insolentes ubicadas en distintas oficinas a lo largo y ancho del país vecino. La variedad de acentos le deja exhausto el oído y lo único que desea al empezar su turno es que termine. Le parece redituable ganar en dólares desde la comodidad de su casa pues ese dinero lo invierte en sus clases de teatro musical.

Aunque es increíblemente tiesa y poco flexible para cualquier deporte o rutina de ejercicio; es inigualable para seguir coreografías, memorizar canciones y su expresividad bien podría llevarla algún día al mismo Broadway. ¿Quién sabe? Podría suceder. Su afición por el Kpop la llevó recientemente a la CDMX a un concierto para el que casi pierde su alma al emprender la feroz tarea de conseguir las entradas. Karen, de apenas veintitrés años, después de mucho pensar y pensar, decidió llevar a esta juvenil e impulsiva aventura a su propia madre. Con toda su inteligencia y con toda su gracia a Karen le parece imposible emprender aventuras sin compañía, por su cuenta, acompañada de su sombra, sola, ella, punto. Se le ocurren mil y una tragedias, desde los accidentes más insulsos hasta el crimen más atroz. Esa ansiedad le juega chueco y asalta sus pensamientos cada vez que se propone salir de su zona de confort. El origen de esa ansiedad parece estar más cerca de una imaginación implacable que de un problema mayor. Su madre le ayudó a encontrar los boletos de avión, le guardó en la maleta el *lightiny stick* para que no se le olvidara y bueno, se fue con ella. La verdad es que su madre tiene en ella, contenido y resguardado, un treintaporciento de adolescencia que usa cada que su hija lo requiere.

Cuando sale con algún grupo de amigas su excelente memoria le ofrece un breve resumen de la conversación:

Que el ayuno intermitente es insostenible.

Que con la dieta keto se te cae el cabello.

Que todo tiene azúcar, ¡TODO!

¡Bloqueador, Karen! en todo tiempo, bloqueador.

Maquillaje.

Crema.

¿Gel?

Luego vienen las preguntas: Y tú Karen, ¿ya tienes novio?, Y tu “amigo” el piloto ¿ya no te busca?, pero sí piensas casarte, ¿no?

Todo eso está fuera de su interés, pero acepta ver a sus amigas muy de vez en cuando porque ella es ante todo leal y, claro, para recordarse que, esto de ser humana le exige asomarse a su “yo social” que tiene casi casi en estado de coma. Sin embargo, la verdad es que en el fondo prefiere estar concentrada y profesionalizar sus talentos.

Cuando Karen y su madre llegaron al concierto de nada más y nada menos que de Ateez en la Arena de la Ciudad de México, estaban que no cabían de felicidad. Su madre incluso se compró una chamarra con la imagen del grupo, mientras que Karen la observaba pensando si haberla llevado había sido la mejor decisión. Aun así, ella estaba dispuesta a disfrutar del concierto, pues era una especie de triunfo ser parte de ese momento inigualable e irrepetible. La noche estaba perfecta, el cielo despejado y la fila tolerable.

Cuando el grupo salió a saludar y presentarse, los gritos de la multitud enardecida contagiaron de sopetón a su madre quien gritaba desafortadamente a su lado y a quien veía como si le robara la euforia y el entusiasmo de ver a su grupo favorito.

Karen decidió no sentirse opacada por su acompañante y empezó a cantar a todo pulmón y a una sola voz con el grupo, pero recordó en ese instante que llevaba el *lightny stick* que con tanta anticipación había comprado para ese preciso momento.

Lo sacó de su bolsa, lo encendió y al alzarlo un manotazo anónimo lo arrebató de su mano, Karen angustiada se tiró al piso para buscarlo con la linterna del celular.

Tras breves pero desesperados minutos de búsqueda, pudo reincorporarse con ese artefacto, que simulaba un cetro de plástico, en la mano. Después de unos delicados golpecitos Karen pudo hacer que el *lightiny stick* funcionara de nuevo.

Mientras cantaba a todo pulmón las canciones que a lo lejos interpretaba su grupo favorito, Karen fijó la vista en la pantalla gigante más cercana y sentía que la luz que emanaba de ella le inyectaba la energía y el vigor para brincar y bailar como le fuera posible en tan limitado espacio. Era tanta su concentración que pudo percibir que uno de los integrantes, su favorito, su amor platónico... la miraba fijamente entre la multitud y extendía su largo y delgado brazo hasta que una mano blanca y pálida lograba acariciar delicadamente su mejilla. Claro que era amor y su fuerza había sido suficiente para que él la notara entre la multitud. Karen estaba dispuesta a subir al escenario si él se lo pedía. Mientras Wooyoung interpretaba la canción y asentía con la cabeza, Karen entendió con claridad que era una invitación y con resolución dio un paso largo hacia enfrente pensando que al instante estaría cantando a su lado frente a todos.

Cuando despertó, estaba en una camilla, acompañada por dos paramédicos del recinto, quienes le habían ayudado a levantarse tras caer por algunas gradas. Ni ese aparatoso accidente detuvo el concierto ni impidió que su madre se tomara una foto con Ateez. Al finalizar el espectáculo, mientras corrían tras el escenario, su madre, quien la acompañaba, se levantó sin pensarlo dos veces y pidió al grupo una selfie "para su hija", que se encontraba inconsciente en la camilla.

